

## AD ASTRA PER ÁSPERA, por Ismael MOYA

Hoy llamó a las puertas de mi corazón la desventura de un artista. Y mis ojos lloraron el dolor de este hombre que abatido por las adversidades, iba por los ásperos senderos de la vida lamentándose, pero sin renunciar a su destino.

Era Julio Badil. Su juventud se alejaba sin haber deshojado una rosa de felicidad. Alto, flácido, encorvado ya como bajo la constante gravedad de una pesada eruz de fatigas; palidez de enfermo cubría su rostro; en sus ojos, circunferencias de profundas ojeras, lloraba sin lágrimas una gran tristeza, y sus labios se contraían en un gesto de amargura. Por debajo de su sombrero descolorido salían negras ondas de cabello que casi le cubrían las orejas. «Habla esa voz desfalleciente y lo hacia con intermitencias, pues necesitaba tomar aliento a cada instante.

Había dejado sus valles natales de Salta, en los que tejió sus primeros sueños de amor y de arte, para buscar la gloria en la ruidosa capital. Por seguir los pendones de su ideal desafían sus veinte años las contingencias del futuro. Creía este pajarito cantor que al conjuro de sus armonías el camino del triunfo se abriría para él. Ingenio optimista, no pensó en que los mismos que arrojaron de Cumas al aeda ciego, se reencarnaban en los hombres de este siglo sin fe, en que se prefiere el tintineo del oro al melodioso planir de las liras.

Y su vida en la capital fué un encadenamiento de amargas sorpresas, de realidades hostiles. El egoísmo se burló de su hambre; la envidia sembró riesos en su camino. Su orgullo de artista le impidió mendigar; su altivez alejó de sí el incesante que agitan los serviles.

Pero él adivinaba mi simpatía y hoy llamo su desventura a las puertas de mi corazón.

Y mientras compartía mi pan y mi vino, contábanme con fatigosa voz un rasgo de su vida.

Yo le escuchaba en silencio y mis ojos lloraban el dolor de este hombre bueno.

—Estoy enfermo—decía—soy en el mundo una columna rota... Han pasado tres días desde mi última cena. En este espacio de tiempo sólo he bebido algún vaso de leche a invitación de un amigo. Mi cerebro está perdiendo su vigor; ya no puedo casi pensar y voy entrando como en un sueño. Una sensación que no puedo localizar, pero que me molesta profundamente, inhibe mi voluntad. Mis ojos se entornan. Dijérase que sobre mis párpados gravitara un peso enorme.

En el espejo de una fuente vi reflejado mi rostro y he sentido miedo. ¡Qué palidez la suya! En mis mejillas, éstas dos arrugas que parecen las cicatrices de dos tajos muy hondos, me afean demasiado. Han crecido mis ca-

billos y mi barba dándome un aspecto de más abandono aún. Parezco un vagabundo enfermo. A pesar del imperio de mi voluntad las piernas se niegan a obedecerme; a cada paso se doblan. Tengo miedo de caer de rodillas, en plena calle, y me apoyo con disimulo en la pared. Mas, la postrección avanza, me va poseyendo y concluirá por hacerme besar las piedras de la acera. Cuando veo acercarse algún conocido trato de erguirme y de apresurar el paso para dar así la impresión de que voy ocupado en asuntos urgentes... Me esfuerzo en no evadir mi desventura pero todo me denuncia: el rostro demacrado, la debilidad, la ropa...

Ayer me había dado sed. Y yo pensaba: ¿dónde podré beber agua sin que el hombre que me la dé lo haga maldiciéndome con la mirada? Es un vago—se dirá—porque ignora que, magister mis peregrinaciones, no he logrado una modesta colocación. Es claro, viéndome así, quién será lo suficientemente psicólogo para descubrir la verdad de mi vida? Todos me desprecian y no pocos viejos amigos pasan a mi vera fingiendo no reparar en mi presencia. Y yo me digo: ¿qué delito es el consagrarse a un arte que no da para comer todos los días?

A mi lado pasaron dos niños hermosos y me observaron con temor al principio y lástima después... Entonces yo evocué mi infancia, mi adolescencia, y ante los ojos de mi alma desfilaron los encantadores recuerdos del pasado. Y, así, soñando, me olvidé de lo que era y me creí feliz, pero el encanto fué tan efímero como el resplandor de una luciérnaga. La dolorosa sensación se tornó más intensa. El hambre, la sed y el cansancio se aunaban para aniquilarme. ¡Ah, si al menos hubiera podido escribir algo! ¡Pero esta sonolencia me domina!

Oye, paréceme que tengo el cráneo vacío. De vez en cuando unos como alfilerazos agudísimos en las sienes, me hacen estremecer de dolor. El otro día me sentí desfallecer. ¿Dónde encontraría un banco para descansar? Mis pies estaban caldeados y mi cuerpo bañado de sudor. Y andando, tropecé con una piedra y caí. Me acometieron dolores punzantes en las rodillas; casi no podía incorporarme, pero al fin lo conseguí. Nadie se había preoculado de esto; a nadie le interesaba que yo cayera o continuara en pie. En la lucha por el pan es difícil que alguno se detenga a consolar al caído. El egoísmo es tan propio de los hombres como el dolor.

—Si mi novia se enterara de mi drama! Si al volver de una esquina nos

encontráramos, ella ataviada elegante, delicada, seductora, y yo pobre, mal vestido, peor alimentado y con mi rostro cubierto de barba. ¿Tendría vergüenza de mí? Acaso miedo? Y si me encontrara con mi madre? La pobrecita lloraría conmigo, comprendiendo mi dolor. ¡Ella sí que conoce las intimidades de mi corazón! ¡Oh, madre mía, qué no diera por volver a estrecharte entre mis brazos y jugar contigo como en los lejanos días!

Julio Badil permaneció largo rato con el rostro oculto entre las manos. Y sus lágrimas retardaban el paso de los recuerdos...

Y desahogando su corazón, volvió a sus confidencias.

—Ayer había yo llegado frente a una taberna. Varios canastos de tierros panecillos estaban expuestos en la puerta. Involuntariamente me detuve ante ellos. ¿Qué fuerza me aproximaba al pan? Di un paso y quedé junto a los canastos. ¿Qué gusto me daría comer un bocadillo! El hambre se insinuaba ferozmente. ¿Qué valdría un panecillo? Muy poco. ¡Y si pidiera uno? ¡Oh, eso es mendigar! ¡Y si lo tomara sin licencia? ¡Oh, eso es robar! Y si ni pido ni robo, me moriré. Pero, ¿debo dejar de morir?—decía yo.—Si no tengo derecho a robar, tampoco tengo el derecho de matarme por abstención. Yo no soy un inútil, puesto que brindo a los hombres la melodía de mis versos. Si yo sufro ahora, es porque para llegar a los astros hay que marchar por lo áspero. Luego, desde que estoy luchando, debo vivir hasta el fracaso o la victoria.

Sacóme de este soliloquio la presencia del tabanero. Este se acercó desconfiado y me dijo, lleno de altanería: —¿Qué quieres? Yo respondí: Un pan. El otro, como adivinando que no tenía un real, preguntó: —Y la plata? Yo sonréi dolorosamente y callé. Se dió entonces cuenta... Tomó un pan y me lo alcanzó diciéndome: Toma, miserable; y luego, dirigiéndose a un parroquiano, agregó: Estos inútiles resultan siempre una carga social.

—Qué energías me vigorizaron entonces! El hambre había desaparecido. El cerebro pesaba ya en mi cráneo. Sentía un calor quemante en mis mejillas; mis piernas se pusieron derechas. Recibí el pan, mas, para devolverlo poseído de una altivez reconfortante. El tabanero me miró asombrado. —Qué querías, una cena de cardenales?, gruñó. Yo le contesté: Si con el pan me alimentas, con tus palabras me enve-

## COMPAÑÍA ITALO-ARGENTINA DE ELECTRICIDAD

651 - CORRIENTES - 659

Para vuestra cocina, preferid siempre un aparato eléctrico, más práctico, más higiénico y más económico que los antiguos sistemas a leña, carbón o gas.

La Compañía tiene abierto durante las horas de oficina un Salón especial con un surtido completo de aparatos eléctricos de uso doméstico, sobre cuya utilización proporciona al público los informes más completos.

TELEFONOS:  
U. T. 5940 al 45, 2765, 4225, 4730  
al 94 y 5780, Avenida.  
C. T. 1254 y 1387, Central.

nenas. Quédate, pues, con el pan y con el veneno. Y sal.

Pasados algunos instantes, me acerqué otra vez a los canastos, y, preguntando que el tabanero no estaba, tomé un pan y me alejé. ¡Con qué gusto lo devoré! Sin embargo mi hambre no desaparecía. ¡Era tanta! Pero dime, tú, que no has de engañarme: ¿he hecho mal robando un pan? Cuando tenga los cinco centavos iré a pagarlos, altivamente. Me horroriza la mendicidad. El que ha caído dignamente, debe seguir de igual suerte, pues estar casado no es lo mismo que estar vencido. Arrebatarle al que de sobra tiene y especula con el dolor de los demás, es menos delito que dar por un men-drujo, otorgado de mala gana, jirones de la propia dignidad. Yo no podía dejar que por el solo hecho de tener hambre se me vejara llamándome miserable. ¡Es un delito el mío! La conciencia me dice que no y estoy tranquilo...

Y al terminar se levantó dirigiéndose al portal.

—Dónde vas?—le interrogué.

—A seguir mi destino—replicó,—pero de vez en cuando llamaré a tu puerta.

Y se perdió en la calle que, sonora de ruidos y de voces, parecía un río agitado por la borrasca...

### Los microbios de las monedas

El doctor H. Vincent, en una serie de investigaciones bacteriológicas hechas en el Hospital de Argel, ha hecho un estudio sobre los microbios que pueden encontrarse en la superficie de las monedas. Más o menos todos los microbios pueden existir sobre las monedas, pero los más frecuentes son los microbios de la supuración. De aquí se desprende el peligro que corren ciertas personas que tienen la costumbre de morder las monedas con el objeto de probar si son legítimas.

El doctor Buckley refiere un caso de contaminación sifilitica producida por este medio. Felizmente, los microbios que se depositan sobre las monedas sólo tienen una vida efímera. Las experiencias del doctor Vincent establecen que el contacto de los metales posee una acción antiséptica tanto más eficaz mientras la temperatura sea más elevada. Pero a este respecto las monedas de oro poseen una acción menor que las de plata o níquel. El bacilo sífilis puede vivir sobre una moneda de oro de 5 a 7 días, mientras que sobre las otras no llega a vivir 18 horas.

Ya están en venta  
las cajas grandes de las insuperables

Pastillas RIN-RIN

contra los resfriados, tos, gripe, etc.  
Precio de la caja grande, \$ 1.- La caja chica, \$ 0.45

En venta en todas las farmacias.

### REMITA \$5.— M/N

y le mandaremos una colección de libros ilustrados sobre 5 industrias fáciles, con cada una de las cuales pueden hacer fortuna hombres, mujeres y niños.

OFERTA LIMITADA ESCRIBA EN SEGUIDA  
CASA REINHOLD

Belgrano 499 - Buenos Aires

